

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE VITORIA-GASTEIZ

(23 de marzo de 2026)

Buenas tardes, señor Vicario; autoridades del Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz, del Gobierno Vasco; cofrades; hermanos y hermanas; y todos vosotros, que habéis querido haceros presentes esta tarde en este pregón de la Semana Santa para que nuestros corazones comiencen a caldearse ante la gran celebración que iniciaremos el próximo Domingo de Ramos.

Es para mí un honor y una alegría ser el pregonero de este año en una ciudad que, aunque no sea la mía de nacimiento, siento muy cercana, pues, siendo yo de Pamplona, todas las semanas me ve aparecer por sus calles para impartir clase en la Facultad de Teología que se encuentra en el Seminario.

Además, este pregón tiene para mí un significado muy personal. En este año cumpla dos efemérides importantes: cincuenta años de vida y veinticinco de sacerdocio. De algún modo, este pregón queda así enmarcado no solo en la vida de la ciudad, sino también en mi propia vida.

I. A las puertas de la Semana Santa

Faltan pocos días —cuatro, para ser más exactos— para que la imagen dolorosa recorra las calles de nuestra querida Vitoria en el Viernes de Dolores. La tradición ha asociado ese día a María, a la Virgen en su dolor, cuando falta justo una semana para que se celebre la muerte de su Hijo. De modo que la Virgen de los Dolores recorre las calles de la ciudad anunciando, a su modo, que se acerca la semana más importante del año: la semana en la que la Iglesia detiene su ritmo ordinario para contemplar a su Señor en los momentos últimos y decisivos de su vida.

La llamamos Semana Santa porque, en verdad, santos son los acontecimientos que en ella celebramos. También es llamada Semana Mayor por otras tradiciones, porque, si hay que destacar una semana en todo el calendario, sin duda es esta.

Cuando salgamos de este pregón ya será de noche, y podréis contemplar la luna brillando ligeramente en el cielo, apenas con un pequeño hilo de luz. Está creciente, e irá avanzando poco a poco hasta alcanzar toda su plenitud el Jueves Santo. También eso nos anuncia la cercanía de la Semana Santa. El comienzo de la primavera y la luna llena son, desde antiguo, los signos de la naturaleza que nos sitúan ante la Pascua.

II. Una ciudad que se dispone a contemplar

Vitoria-Gasteiz se prepara estos días para algo más que una sucesión de actos. Se dispone a contemplar. Sus calles, sus plazas, sus silencios y sus sonidos se

transforman para acoger un misterio que no pertenece solo al pasado, sino que se hace presente entre nosotros.

La ciudad entera se convierte en un espacio de espera, de recogimiento, de anuncio. Como María en el Viernes de Dolores, también nosotros nos situamos a las puertas de lo que está por venir, sabiendo que lo que se acerca no es una celebración cualquiera, sino el corazón mismo de nuestra fe: la Pascua.

Y es que en el fundamento de la Semana Santa es precisamente la Pascua.

Para nosotros, la Pascua evoca inmediatamente la celebración de la resurrección de Jesús, el gran acontecimiento que corona el domingo final de la Semana Santa. Pero, al adentrarnos en sus orígenes, descubrimos que Pascua significa «paso». Y ese paso puede desplegarse, podríamos decir, en cinco dimensiones.

III. La Pascua de la naturaleza

La primera Pascua, que está en el origen de todo, es la Pascua de la naturaleza: el paso de la muerte del invierno a la vida que renace en primavera; el paso del frío que paraliza la vida a la primavera donde vuelve a brotar; el paso de los campos apagados en invierno a la tierra que reverdece y florece en primavera.

No es casual que la tradición haya llamado a la Pascua de resurrección también «Pascua florida». En ella la creación misma parece anunciar que la vida vence.

IV. La Pascua de Israel

La segunda es la Pascua del pueblo de Israel.

El pueblo judío, esclavizado en Egipto, clamó a Dios en medio de su opresión. Y Dios escuchó su clamor. Les pidió celebrar una cena ritual para conmemorar el paso de la esclavitud a la libertad, el paso salvador de Dios por sus vidas.

En aquella noche, marcada por la luna llena de primavera, el pueblo hebreo cenó el cordero y señaló con su sangre las puertas, para que el ángel exterminador pasara de largo. De este modo, la Pascua de la naturaleza quedó asumida y elevada en la experiencia histórica de un pueblo liberado.

V. La Pascua de Cristo

La tercera es la Pascua de Jesús. La Pascua de la naturaleza estaba en el trasfondo de la Pascua del pueblo judío. Y la Pascua de Jesús llevó a plenitud la Pascua judía.

Jesús, como buen judío, celebró cada año la Pascua. Y en la última vez que la celebró, aquella noche santa, llevó su significado a plenitud. Ya no se trataba solo del paso de un pueblo de la esclavitud a la libertad, sino de su propio paso de este mundo al Padre, de la muerte a la vida.

Jesús nos liberó no ya de una esclavitud terrena, sino de una esclavitud existencial: la esclavitud del pecado y de la muerte. Su Pascua abre para nosotros la vida nueva de los hijos de Dios, la vida inmortal y gloriosa que Jesucristo comparte con todos los que creen en él.

Por eso, la Pascua cristiana es la gran fiesta con mayúsculas. Y nosotros, obedeciendo al mandato que él nos dejó —«Haced esto en memoria mía»—, nos reunimos cada año para celebrar y actualizar los últimos acontecimientos de su vida: la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén el Domingo de Ramos, la cena del Señor en el Jueves Santo, la pasión y muerte del Salvador en el Viernes Santo y la resurrección de Cristo en la Vigilia Pascual del Domingo de Pascua.

VI. La fe en las calles de Vitoria-Gasteiz

Estas celebraciones litúrgicas se ven acompañadas también por otra expresión profundamente arraigada entre nosotros: la religiosidad popular.

Nuestras procesiones hacen visible en las calles aquello que la Iglesia celebra en sus templos. La imaginería, los pasos, los cirios, los nazarenos, la música, el silencio... todo ello saca a Cristo de los templos para ponerlo ante los ojos de la ciudad. Y esto ocurrirá gracias a las diferentes cofradías de la ciudad que en estos días llevarán los pasos por las calles de Vitoria: la Cofradía de la Cruz Enarbolada, la Cofradía de Nuestra Señora de los Dolores, la Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad de la Vera Cruz, la Cofradía de Nuestro Señor de la Cruz a cuestras, la Cofradía de la Santa Espina de Berrostegrieta y la Cofradía del Señor de los Milagros. Todas ellas harán que la religiosidad popular penetre en nosotros para vivir la pasión, muerte y resurrección de nuestro Salvador.

Imaginemos, por un momento, la plaza de la Virgen Blanca en la noche del Jueves Santo: el sonido del tambor que se acerca lentamente; las luces tenues; las conversaciones que poco a poco se van apagando; el silencio que empieza a imponerse. Y en medio de ese silencio, la llegada de la procesión. El tambor resuena en nuestro interior, y las imágenes hacen aflorar en nosotros los momentos de la vida de Cristo. Nuestros sentimientos sintonizan con Cristo. Entonces la historia se convierte en fe, la tradición se convierte en vida, y nuestra ciudad parece detenerse para entrar en contemplación.

VII. Contemplar a Cristo hoy

Ese es, en el fondo, el objetivo de la Semana Santa: contemplar a Cristo para que él transforme nuestra vida.

Lo que ocurrió hace dos mil años no queda encerrado en el pasado, sino que se hace presente aquí y ahora, también en nuestras calles de Vitoria. De alguna

manera, la ciudad se convierte en Jerusalén, y la pasión, muerte y resurrección del Señor vuelven a acontecer ante nosotros.

Sin embargo, esta repetición anual no debe entenderse como algo meramente cíclico. Porque, aunque todos los años vivamos la Semana Santa, ninguno de nosotros es el mismo de un año para otro. Habrá años en que nos sintamos como Pedro; otros en que nos parezcamos a los discípulos que huyen; otros en que nos identifiquemos con las mujeres fieles que permanecen junto a la cruz; o con la Verónica que enjuga el rostro de Jesús; o con el buen ladrón que, en el último instante, suplica: «Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». Y también habrá veces en que nos descubramos entre quienes miran desde lejos, como si todo fuera un espectáculo, sin dejar que la pasión del Señor toque de verdad nuestra vida.

VIII. Tocar a Jesús con fe

Por eso sería bueno preguntarnos: ¿cómo queremos vivir este año la Semana Santa?

Hay un pasaje del evangelio especialmente iluminador: el de la hemorroísa. Jesús avanza entre la multitud camino de la casa de Jairo cuya hija está gravemente enferma. Y, de pronto, Jesús pregunta: «¿Quién me ha tocado?». La pregunta parece extraña, porque iba rodeado por la gente. Podría parecer que la pregunta debiera haber sido: «¿Quién no me ha tocado?». Porque todo el mundo le estaba tocando en el tumulto en el cual caminaba. Pero Jesús distingue que alguien le ha tocado de modo diferente: el de quien se acerca con fe. Y eso provoca que salga fuerza de Jesús. Y eso provoca que la vida de la persona que le ha tocado se transforme.

También nosotros vamos a tocar a Jesús en esta Semana Santa. Pero la cuestión es: ¿cómo queremos tocarlo? ¿De un modo superficial, o con la fe que permite que salga fuerza de él y transforme nuestra vida?

IX. Nuestra propia Pascua

Junto a la Pascua de la naturaleza, la Pascua de Israel y la Pascua de Cristo, hay una cuarta dimensión de la Pascua: nuestra propia Pascua.

De poco serviría asistir a las celebraciones o ver pasar las procesiones si todo ello no nos condujera a experimentar que Cristo resucita para darnos su vida. Cristo nos comparte con nosotros su triunfo sobre el pecado y sobre la muerte. Cristo nos hace partícipes de su resurrección.

Por ello, al comenzar la celebración de la Semana Santa, puedo preguntarme: ¿Qué esclavitudes tengo en mi vida cuyas cadenas quisiera que fueran rotas? ¿Qué partes de mi vida están muertas y necesitan resucitar? ¿En qué momentos me siento llevando una cruz y necesito un «cireneo» que me ayude a llevarla? ¿Cuándo me veo

crucificado y quiero la presencia cercana de Dios? ¿Cuándo he gritado con decepción: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» y espero una intervención divina? ¿Cuándo he recriminado a Jesús: «¡Si eres el Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y a nosotros!», deseando que su presencia invada mi vida? ¿En qué situaciones experimento la soledad y anhelo la proximidad maternal de María?

X. La Pascua eterna

Y hay aún una última dimensión de la Pascua: la Pascua eterna. La Pascua definitiva, en la que contemplaremos al Cristo glorioso y participaremos plenamente en el banquete que comenzó en la Última Cena y que la eucaristía anticipa en el altar.

XI. Que la Pascua transforme nuestra vida

Por tanto, vamos a celebrar un año más la Pascua de Jesús para que penetre en nuestras vidas y todos podamos vivir nuestra propia Pascua. Todos como él seamos transformados para construir su reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz. Seamos personas que construyen un mundo donde todos puedan vivir como hijos e hijas de Dios.

En el anuncio de la resurrección de Jesucristo que hizo Pedro el día de Pentecostés describió a Jesús como un hombre que pasó haciendo el bien. Ojalá, al final de nuestra vida, pueda decirse también de cada uno de nosotros ese mismo: que hemos pasado por este mundo haciendo el bien.

Este es mi deseo para todos vosotros: que la contemplación de los últimos momentos de la vida Cristo en estos días de Semana Santa no sea un mero recuerdo exterior, sino una experiencia viva; que esta Pascua toque vuestro corazón; que os haga pasar de la oscuridad a la luz, del miedo a la esperanza, del cansancio a la confianza, de la muerte a la vida. Cristo ha resucitado, resucitemos nosotros con él.

Muchas gracias.

José Antonio GOÑI BEÁSOAIN DE PAULORENA